

mucha gente, y entre ellas varios grupos de abogados con toga cuchicheando acá y acullá.

Es siempre un espectáculo que oprime el corazón el de esos grupos de hombres vestidos de negro que murmuraban entre sí en voz baja á la puerta de las salas de justicia.

Harto raro es que la caridad y la piedad salgan de todos aquellos cuchicheos. Lo que si sale con más frecuencia son condenas pronunciadas con antelación. Todos aquellos grupos se ofrecen á la vista del observador que pasa y que medita, como otras tantas colmenas sombrías donde multitud de espíritus malignos revolotean y zumban construyendo en comun toda especie de edificios tenebrosos.

Aquella sala, espaciosa y alumbrada por una sola lámpara, era un antiguo salón del obispado y servía de sala de pasos perdidos. Una puerta de dos hojas, cerrada en aquel momento, la separaba de la gran sala donde se hallaba instalado el tribunal de audiencia.

Era tal la oscuridad, que no temió el dirigirse al primer abogado que encontró.

— ¿Caballero, le dijo, en qué están ahora?

— Ya ha concluido, respondió el abogado.

— ¡Concluido!

Esta palabra fué repetida con un acento tal, que el abogado no pudo ménos de volverse hácia él y decirle:

— Perdóneme usted, caballero, ¿es usted tal vez algun pariente?

— No, señor. Yo aquí no conozco á nadie. ¿Ha habido condenación?

— Sin duda. No podía ser de otra manera.

— ¿Á trabajos forzados?...

— Á perpetuidad.

En seguida repuso, con una voz tan débil que apenas podía oírsele:

— ¿Cómo se habrá justificado la identidad?

— ¿Qué identidad? replicó el abogado. No habia identidad ninguna que probar. La cuestión era muy sencilla. Esa mujer habia matado á su hija, el infanticidio está probado; el jurado ha negado la premeditación, y se la ha condenado á vida.

— ¿Conque es una mujer? dijo.

— Seguramente. La llamada Limousin. ¿Pues de qué quería usted hablar?

— De nada, pero habiéndose concluido ya, ¿cómo es que la sala está aún alumbrada?

— Es para otro proceso que ha empezado hará como unas dos horas.

— ¿Qué proceso?

— ¡Oh! ese también es claro. Una especie de miserable, un reincidente, un galeote, que ha robado. No recuerdo bien su nombre. Pero es un ente que tiene una verdadera cara de bandido. Aunque no fuera más que por tener esa cara le enviaria yo á presidio.

— Caballero, preguntó, ¿hay medio de poder entrar en la sala?

— En verdad, creo que no. Hay muchísima gente. Sin embargo, la audiencia está suspendida. Algunas personas han salido, y al recomenzar la sesión, podrá usted ensayar.

— ¿Por dónde se entra?

— Por esa puerta grande.

El abogado le dejó. En algunos instantes, habia él experimentado, casi al mismo tiempo, y como mezcladas y confundidas, todas las emociones posibles. Las palabras de aquel indiferente le habian atravesado sucesivamente el corazón como agujas de hielo y como puntas de fuego. Cuando vió que nada habia aún terminado, respiró; pero sin que hubiera él podido decirse si lo que experimentaba era contento ó dolor.

Aproximóse á varios grupos y escuchó lo que decían.

Hallándose muy sobrecargado el registro de las causas, el presidente había indicado este mismo día dos asuntos sencillos y breves. Habíase empezado por el infanticidio, y ahora se hallaba en turno el galeote, el reincidente, el « caballo de noria ». Este hombre había robado unas manzanas, pero este hecho no parecía bien probado; lo que sí estaba probado, es que había sido ya presidiario en las galeras de Tolon. Esto era lo que hacía mala su causa. Por lo demás, el interrogatorio del hombre se hallaba terminado, como también las declaraciones de los testigos; pero aún faltaban los alegatos del abogado y la acusación fiscal; por lo cual no debería concluir este asunto antes de media noche. Probablemente sería el hombre condenado; el abogado general era muy bueno, y no *marraba* nunca á sus acusados; — era un mozo de *ta. cr. to* y que hacía versos.

Un alguacil se hallaba de pie junto á la puerta que comunicaba con la sala de audiencia. Preguntó á este alguacil:

— ¿Abrirán pronto la puerta?

— No se abrirá, le respondió el alguacil.

— ¡Cómo! no abrirán cuando vuelva á continuar la audiencia? ¿no está suspendida?

— Acaba de abrirse de nuevo la audiencia, respondió el alguacil, pero la puerta no volverá á abrirse.

— ¿Por qué?

— Porque la sala está llena.

— ¡Cómo! ¿no habrá ya ni siquiera un sitio?

— Ni uno solo. La puerta está cerrada. Nadie puede ya entrar.

El alguacil añadió después de un momento de silencio: — Todavía hay dos ó tres puestos detrás del señor presidente, pero el señor presidente no admite allí sino á los funcionarios públicos.

Dicho esto, el alguacil le volvió la espalda.

Se retiró con la cabeza baja, atravesó 'a an'. sa' a y volvió

á bajar la escalera despacio, como vacilando y deteniéndose á cada escalon. Probablemente celebraba consejo consigo mismo. El violento combate que en su interior se libraba desde la víspera no había concluido; y á cada instante venía á atravesarse alguna nueva peripecia. Llegado al descanso de la escalera, respaldóse contra el pasamano y se cruzó de brazos. De repente se desabotonó la levita, tomó su cartera, sacó de ella un lápiz, rompió una hoja, y escribió rápidamente en esta hoja á la luz de un reverbero la línea que sigue: — *Señor Magdalena, alcade de M.*; — después volvió á subir la escalera á toda prisa, penetró por entre la muchedumbre, se fué derecho al alguacil, le entregó el papel y le dijo con autoridad. — Lleve usted esto al señor presidente.

El alguacil tomó el papel, echó sobre él una ojeada y obedeció.

VIII

ENTRADA DE FAVOR

Sin que de ello se apercibiese, el alcalde de M. gozaba de cierta celebridad. Hacía siete años que su reputación de hombre virtuoso llenaba todo el Bajo Boulonnais; habiendo concluido por franquear los límites de su reducido país y divulgándose en dos ó tres departamentos vecinos. Además del servicio considerable que había él prestado á la capital de su distrito restaurando en ella la industria de vidriería negra, no había uno solo de los ciento cuarenta y un municipios de dicho distrito de M. que no le debiese algún beneficio. Aún en casos necesarios había él sabido ayudar y fecundar las industrias de los demás distritos. Así en ciertas ocasiones había él sostenido con su crédito y con sus fondos la fábrica de tul de Boulogne, la de hilados de hilo á la mecánica de Frévent y la manufactura hidráulica de lienzos de Boubers-sur Canche. En todas partes se pronunciaba

con veneración el nombre del señor Magdalena. Arras y Douai envidiaban su alcalde á la afortunada villa de M.

El consejero del tribunal real de Douai, que presidía la sesión de la audiencia en Arras, conocía como todo el mundo aquel nombre tan profundo y tan universalmente honrado. Cuando el alguacil, abriendo discretamente la puerta que comunicaba desde la sala del consejo á la audiencia, se inclinó detrás del sillón del presidente y le entregó el papel en que se hallaba escrita la línea que se acaba de leer, añadiendo: *Este señor desea asistir á la audiencia*, el presidente hizo un vivo movimiento de deferencia, tomó una pluma, escribió algunas palabras en lo bajo del papel y se le entregó al alguacil diciéndole: — Hágale usted entrar.

El hombre desgraciado cuya historia referimos había permanecido junto á la puerta de la sala en el mismo sitio y en la misma actitud en que el alguacil le había dejado. En medio de su delirio, oyó que alguien le decía: — ¿Quiere usted hacerme el honor de seguirme? Era aquel mismo alguacil que le había vuelto la espalda un momento ántes, y que ahora le saludaba hasta el suelo. Al mismo tiempo le entregó el alguacil el papel. Él le desdobló y como se hallaba cerca de la lámpara, pudo leer:

« El presidente del tribunal presenta sus respetos al señor Magdalena. »

Arrugó el papel entre sus manos como si aquellas pocas palabras hubieran tenido para él un gusto previo extraño y amargo.

Y siguió al alguacil.

Algunos minutos despues, se hallaba solo en una especie de gabinete artesonado de un aspecto severo, alumbrado por dos velas puestas sobre una mesa con tapete verde. Todavía resonaban en sus oídos las últimas palabras del alguacil que acababa de dejarle: « Caballero, hé aquí la sala » del consejo; nó tiene Vm. más que tocar al botón de cobre

» de esta puerta y se hallará detras del sillón del señor presidente. » — Estas palabras se mezclaban en su pensamiento con el recuerdo vago de corredores estrechos y de escaleras oscuras que acababa él de recorrer.

El alguacil le dejó solo. Había llegado para él el momento supremo. Procuraba excitar en sí el recogimiento, sin poderlo conseguir. En las horas en que más se necesita ligar las realidades punzantes de la vida con todos los hilos del pensamiento, es principalmente cuando estos se rompen en el cerebro. Hallábase en el mismo sitio en que los jueces deliberan y condenan. Miraba con una tranquilidad estúpida aquella sala apacible y formidable, donde tantas existencias habían sido quebrantadas, donde su nombre iba á resonar muy pronto, y que su destino atravesaba en aquel momento. Miraba las paredes, y despues se miraba á sí mismo; admirándose de lo que era aquella sala y de quién era él.

Más de veinticuatro horas hacía ya que no había comido, estaba estropeado por el movimiento de la calesa, pero no se apercibía de ello; parecía no sentir nada.

Acercóse á un marco negro que estaba fijo en la pared y que contenía bajo cristal una antigua carta autógrafa de Juan Nicolas Pache, alcalde de París y ministro, con fecha, sin duda por error, del 9 de Junio del año II, y en la cual enviaba Pache al municipio la lista de los ministros y de los diputados que se hallaban arrestados en sus propias casas. Un testigo que hubiese podido verle y observarle en aquel instante, habría imaginado sin duda que aquella carta le parecía muy curiosa, pues no apartaba sus ojos de ella y la leyó dos ó tres veces. Leía la sin prestarla atención y áun sin percibirse de ella. Estaba pensando en Fantina y en Coseta.

Sin dejar de soñar, se volvió, y sus ojos encontraron por fin el botón de cobre de la puerta que le separaba de la sala. Casi había él olvidado ya aquella puerta. Su mirada, serena al principio, se detuvo allí, permaneció como pegado á aquel

botón de cobre, despues apareció azorado y fijo, y poco á poco se fué apoderando de él cierto terror. Por entre sus cabellos salían gotas de sudor y también sus sienas chorreaban. En cierto momento hizo con una especie de autoridad mezclada de rebelion ese gesto indescriptible que quiere decir y que dice tan bien: *¡Pardiez! ¿y quién me obliga á mí á ello?* En seguida se volvió vivamente, vió ante sí la puerta por la cual había entrado, dirigióse á ella, la abrió y salió. Ya no estaba en aquella sala; se hallaba fuera; en un corredor; un corredor largo, estrecho, interrumpido por peldaños y ventanillos, formando toda especie de ángulos, alumbrado acá y allá con reverberos parecidos á lamparillas de enfermos; el mismo corredor por donde él había venido. Respiró, escuchó; ningún ruido oyó detras de él, ningún ruido delante tampoco; echó á correr como si le persiguieran.

Cuando hubo doblado varios recodos de aquel corredor, se puso á escuchar otra vez. Siempre el mismo silencio y la misma sombra en derredor suyo. Se hallaba sin alientos, vacilaba, se apoyó contra la pared. La piedra estaba fria, su sudor se helaba en su frente, se enderezó temblando.

Entónces, allí, solo, de pié en aquella oscuridad, temblando de frio y tal vez de otra cosa, se puso á soñar.

Había soñado toda la noche, había soñado todo el día; ya no oía en sí sino una voz que le gritaba: ¡ay!

Un cuarto de hora transcurrió de esta manera. Por último, inclinó la cabeza, suspiró con angustia, dejó caer sus brazos y volvió sobre sus pasos. Andaba muy despacio y como abatido. Parecía que álguien le hubiese alcanzado en su fuga y que le reconducía.

Volvió á entrar en la sala del consejo. Lo primero que apercibió fué el botón de la puerta. Este botón, redondo y de cobre bruñido, resplandecía para él como una estrella

sinistra y espantosa. Mirábale como una oveja miraría el ojo de un tigre.

Sus ojos no podían separarse de aquel objeto.

De vez en cuando daba un paso y se aproximaba á la puerta.

Si hubiera escuchado, habría oído como una especie de murmullo confuso el ruido de la sala inmediata ; pero no escuchaba ni oía.

De repente, y sin que él mismo supiese cómo, se encontró junto á la puerta, y asíó convulsivamente el boton ; la puerta se abrió.

Hallábase en la sala de audiencia.

IX

UN LUGAR DONDE SE ESTÁN FORMANDO CONVICCIONES

Dió un paso, volvió á cerrar maquinalmente la puerta tras sí y permaneció de pié, considerando lo que veía.

Era aquel un recinto bastante vasto, apenas alumbrado, ora lleno de rumor, ora lleno de silencio, donde todo el aparato de un proceso criminal se desarrollaba, con su gravedad mezquina y lúgubre, en medio de la muchedumbre.

En un extremo de la sala, aquel donde él se hallaba, jueces con ademan distraído, y con sus togas raidas, royéndose las uñas ó cerrando los párpados ; en el otro extremo, una muchedumbre haraposa ; abogados en toda especie de actitudes ; soldados con cara honrada y dura ; viejos artesanos llenos de manchas, un cielo raso sucio, mesas cubiertas de una sarga más bien amarilla que verde, puertas ennegrecidas por las manos ; pendientes de clavos fijos en el techo, unos quinqués de bodegon dando más humo que cla-

ridad ; sobre las mesas algunas bujías en candeleros de cobre; la oscuridad, la fealdad, la tristeza ; y de todo esto se desprendía una impresion austera y augusta, pues se sentía allí esa gran cosa humana que llaman la ley y esa otra gran cosa divina que llaman la justicia.

Nadie de aquella muchedumbre fijó su atención en él. Todas las miradas se dirigian convergentes hácia un punto único, hácia un banco de madera respaldado en una puertecita, á lo largo de la pared y á la izquierda del presidente. Sobre este banco, alumbrado por diferentes bujías, se hallaba un hombre entre dos gendarmes. Este hombre era el acusado.

No le buscó, le vió. Sus ojos se dirigieron allí naturalmente, como si con anticipacion hubieran ellos sabido dónde estaba aquella figura.

Creyó verse así mismo, envejecido, sin duda no enteramente igual de rostro, sino absolutamente igual de actitud y de aspecto, con aquel cabello erizado, con aquella pupila leonada é inquieta, con aquella blusa, tal cual él se hallaba el día en que entraba en D., lleno de odio y ocultando en su alma ese horrible tesoro de horrendos pensamientos que él habia empleado diez y nueve años en acumular y amontonar sobre las losas del presidio.

Dijose con cierto estremecimiento : — ¡ Dios mío ! ¡ si vendré yo á ser así !

Aquel sér parecia á lo ménos de sesenta años. Tenia un no sé qué de rudo, de estúpido y pavoroso.

Al ruido de la puerta, habianse movido para hacer lugar, el presidente volvió la cabeza, y comprendiendo que el personaje que acababa de entrar era el señor alcalde de M., le saludó. El abogado general, que habia visto al señor Magdalena en M., adonde le habian llamado más de una vez las funciones de su ministerio, le reconoció, y le saludó igualmente. Él apenas se apercibió de ello. En aque- mo-

mento era preso de una especie de alucinacion ; miraba, y nada más.

Jueces, escribano, gendarmes. una muchedumbre con cabezas cruelmente curiosas, eran objetos que él habia visto ya en otro tiempo, hacia veinte y siete años. Aquellas cosas funestas, volvía á encontrarlas de nuevo; estaban allí, existian, se removian ; no era ya esto un esfuerzo de su imaginacion, una ilusion de su pensamiento; eran aquellos verdaderos gendarmes y verdaderos jueces, una verdadera muchedumbre y verdaderos hombres de carne y hueso. Decididamente, estaba él viendo reaparecer y revivir en derredor suyo, con todo lo que la realidad tiene de formidable, los aspectos monstruosos de su vida pasada.

Todo esto se hallaba patente en su presencia.

Tuvo horror, cerró los ojos, y exclamó de lo más profundo de su alma : ¡ Jamas !

Y por una de esas combinaciones trágicas del destino que hacia temblar todas sus ideas, y casi le volvía loco, era otro él mismo el que se hallaba allí ! Aquel hombre á quién juzgaban, todos le llamaban Juan Valjean !

Tenía ante sus ojos, vision inaudita, una especie de representacion del momento más horrible de su vida, representacion ejecutada por su fantasma.

Todo lo encontraba allí : el mismo aparato, la misma hora de la noche, casi los mismos semblantes de jueces, de soldados y de espectadores. Sólo que por cima de la cabeza del presidente, habia un crucifijo, cosa que faltaba en los tribunales de la época en que él fué condenado. Cuando le juzgaron á él, Dios estaba ausente.

Detras de él habia una silla ; dejóse caer en ella aterrizado por la idea de que pudieran verle. Cuando se hubo sentado, se aprovechó de una pila de cartones y legajos que habia sobre la mesa de los jueces para eclipsar su rostro á toda la sala. Ahora ya podia él ver sin ser visto. Volvió á

entrar plenamente en el sentimiento de la realidad; poco á poco se repuso; y llegó á ese grado de serenidad en que se puede escuchar.

El señor Bamatabois estaba en el número de los jurados.

Buscó á Javert, pero no le vió. El banco de los testigos le era oculto por la mesa del escribano: y además, como acabamos de decirlo, la sala se hallaba apenas alumbrada.

En el momento en que él había entrado, el defensor del acusado acababa su alegato. La atención de todos se hallaba excitada en el más alto punto; los debates duraban desde las tres de la tarde. Desde aquella hora, la muchedumbre veía doblegarse poco á poco bajo el peso de una semejanza terrible á un hombre, un desconocido, una especie de ser miserable, profundamente estúpido, ó profundamente hábil. Aquel hombre, como sabemos ya, era un vagabundo que había sido hallado en un campo, robando una rama cargada de manzanas maduras, desgajada del árbol en un cercado inmediato, llamado la cerca de Pierron. ¿Quién era aquel hombre? Habíase procedido á una sumaria información; habíanse oído varios testigos; estos habían sido unánimes, y de todo el debate resultaba clara la luz. La acusación decía: — No tenemos aquí solamente un ladrón de frutas, un merodeador; tenemos además en nuestro poder un bandido, un relapso, rebelde, reincidente, un antiguo galeote, un malvado de los más peligrosos, un malhechor llamado Juan Valjean, á quien la justicia busca solicita hace mucho tiempo, y que, ocho años há, al salir del presidio de Tolon, cometió un robo en despoblado á mano armada en la persona de un niño saboyano llamado Gervasito, crimen previsto por el artículo 383 del Código penal y por el cual nos reservamos perseguirle después, cuando la identidad esté judicialmente comprobada. Ahora acaba de cometer un nuevo robo. Este es un caso de reincidencia. Condenadle por el hecho nuevo; después será juzgado por el hecho antiguo. — En

presencia de esta acusación, en vista de la unanimidad de los testigos, el acusado parecía sobre todo lleno de extrañeza. Hacía gestos y señales que querían decir no, ó bien se ponía á considerar el techo. Hablaba con dificultad, respondía con embarazo, pero de piés á cabeza toda su persona negaba. Era como un idiota en presencia de todas esas inteligencias formadas en batalla en derrechor suyo, y como un extranjero en medio de esta sociedad que le secuestraba. Sin embargo, íbale en ello el porvenir más amenazador, la semejanza crecía á cada instante y toda aquella multitud miraba con más ansiedad que él mismo esa sentencia llena de calamidades que gravitaba sobre él cada vez más. Una eventualidad dejaba aún entrever, además del presidio, la pena de muerte como posible, si la identidad era reconocida, y si el suceso de Gervasito concluía más adelante por una condena. ¿Qué venía á ser aquel hombre? ¿De qué naturaleza era su apatía? Era imbecilidad ó estratagema? Comprendía demasiado, ó no comprendía nada? Cuestiones que dividían á la muchedumbre y que parecían dividir también al jurado. Había en aquel proceso lo que asusta y lo que interesa; el drama no era solamente sombrío, sino que era también oscuro.

El defensor había hablado en su favor bastante bien, con ese lenguaje de provincia que ha constituido por tanto tiempo la elocuencia del foro, del cual usaban en otra época todos los abogados, lo mismo en París que en Romorantin ó en Montbrison, y que hoy, habiendo venido á ser clásico, no se habla ya sino por los oradores oficiales en estrados, á quienes conviene por su sonoridad grave y por sus formas majestuosas; lenguaje en el cual el marido se llama *esposo*, la mujer, *esposa*; París, *el centro de las artes y de la civilización*; el rey *el monarca*; monseñor obispo, *un santo pontífice*; el abogado general, *el elocuente intérprete de la vindicta pública*; los alegatos, *los acentos que acaban de oírse*;

el siglo de Luis XIV, *el gran siglo*; un teatro, *el templo de Melpómene*; la familia reinante, *la augusta sangre de nuestros reyes*; un concierto, *una solemnidad musical*; el comandante general del departamento, *el ilustre guerrero que nos manda*; los alumnos del seminario, *esos tiernos levitas*. Los errores imputados á los periódicos, *la impostura que destila su veneno en las columnas de esos órganos*, etc., etc., — el abogado empezó pues por explicarse acerca del robo de las manzanas, asunto que no se presta demasiado á embellecer el estilo; pero el mismo Benigno Bossuet se vio obligado á hacer alusion á una gallina, nada ménos que en plena oracion fúnebre. y salió del apuro pomposamente. El abogado estableció que el robo de las manzanas no estaba materialmente probado. — Su cliente, á quien, en su calidad de defensor, persistía él en llamar siempre Champmathieu, no habia sido visto por nadie escalando una pared ó desgajando una rama. — Habíasele hallado, es verdad, en posesion de aquella rama (*ó ramo*, nombre que el abogado hallaba más á su gusto de retórico); — pero él decia que se le habia encontrado en el suelo y que le habia recogido. Donde, si no, ¿estaba la prueba de lo contrario? — Sin duda que aquella rama habia sido arrancada y escondida, despues de escalar paredes, y por último abandonada allí por un merodeador alarmado; ¡sin duda que habia un ratero, un ladrón! — ¿Pero quién probaba que este ladrón era Champmathieu? Una sola cosa parecia probarlo: su calidad de antiguo galeote. El abogado no negaba que esta circunstancia apareciese desgraciadamente bien justificada; el acusado habia residido en Faverolles; habia sido allí podador; el nombre de Champmathieu podia bien traer su origen de Juan Mathieu; todo esto era indudable; por último, cuatro testigos reconocian sin vacilar y de una manera positiva en Champmathieu al antiguo presidiario Juan Valjean: á estas indicaciones, á estos testimonios, el abogado no podia ope-

ner otra cosa que la denegacion de su cliente, denegacion interesada; pero aún suponiendo que fuese él el galeote Juan Valjean, ¿probaba esto por ventura que fuera tambien el que habia robado las manzanas? Sería una presuncion, cuando más; no una prueba. Es verdad que el acusado, — y el defensor « en su buena fe » convenia en ello desde luégo, — habia adoptado « un mal sistema de defensa, » obstinándose en negarlo todo, el robo, como su calidad de ex presidiario. Una confesion franca sobre este último punto habria valido mucho mejor, seguramente, y le habria granjeado la indulgencia de sus jueces; el abogado defensor se lo habia aconsejado así; pero el acusado se habia negado á ello con la mayor obstinacion, creyendo sin duda salvarlo todo no confesando nada. Esto era un error, era absurdo, pero ¿no habia de tenerse en cuenta lo limitado de aquella inteligencia? Aquel hombre era visiblemente estúpido. Su largo infortunio en el presidio, una grande y prolongada miseria fuera de él, le habian embrutecido, etc., etc.; se defendia mal, ¿pero era esta una razon para condenarle? Pero lo que hace al punto relativo á Gervasito, el abogado no tenía necesidad de discutirle, pues que no figuraba en el proceso. El defensor concluia suplicando al jurado y á los magistrados, que si la identidad de Juan Valjean les parecia evidente, le aplicaran las penas de policia que la ley inflige al condenado que se sustrae á los bandos de la autoridad, pero no el castigo espantoso que inflige al presidiario reincidente.

El abogado general, ó fiscal, replicó al defensor. Estuvo violento y florido, como lo están habitualmente los abogados generales.

Felicité al defensor por su « lealtad, » y se aprovechó hábilmente de esta lealtad. Descargó contra el acusado todo el peso de las concesiones que acababa de hacer el abogado defensor. El abogado parecia conceder que, en

efecto, el acusado era Juan Valjean. El tomó acta de esto. Aquel hombre era pues Juan Valjean. Este era ya un punto incuestionable consignado en la acusación, que por consiguiente no podía ser contestado de ningún modo. Llegado aquí, valiéndose de una hábil antonomasia, remontando al origen y á las causas de la criminalidad; el abogado general tronó contra la inmoralidad de la escuela romántica que se hallaba á la sazón en su aurora bajo el nombre de *escuela satánica* que la habían adjudicado los críticos de la *Quotidienne* y del *Oriflamme*; atribuyó, no sin cierta verosimilitud, á la influencia de aquella literatura perversa el delito de Champmathieu, ó por mejor decir, de Juan Valjean. Una vez terminadas estas consideraciones, pasó al mismo Juan Valjean en persona. ¿Quién era este Juan Valjean? Descripción de Juan Valjean: un monstruo vomitado por el averno, etc. El modelo de este género de descripciones se halla en el relato de Theramena, el cual no es útil á la tragedia, pero en cambio presta todos los días grandes servicios á la elocuencia del foro. El auditorio y los jurados « se horrorizaron. » Concluida la descripción, el abogado general prosiguió, en un movimiento oratorio hecho á propósito para excitar á la mañana siguiente el entusiasmo del Diario de la prefectura: — Y es un hombre de esta especie, etc., etc., etc., vagabundo, mendigo, sin medios ningunos de subsistencia, etc., etc., — acostumbrado por su vida pasada á las acciones culpables, y poco enmendado por su residencia en presidio, como lo prueba el crimen cometido con Gervasito, etc., etc., — es un hombre de tal estofa que, hallado en la vía pública en flagrante delito de robo, á algunos pasos de una pared escalada, teniendo aún en sus manos el objeto robado, niega el flagrante delito, el robo, la escalada, lo niega todo, niega hasta su nombre, niega hasta su identidad! Además de otras cien pruebas sobre las cuales no insistiremos, cuatro

testigos le reconocen. Javert, el íntegro inspector de policía Javert, y tres de sus antiguos compañeros de ignominia, los presidiarios Brevet, Chenildieu y Cocheville. ¿Y qué es lo que él opone á esta unanimidad fulminante? Niega. ¡Qué endurecimiento! Vosotros haréis justicia, señores jurados, etc., etc. — Mientras que hablaba el abogado general, el acusado escuchaba con la boca abierta, y con una especie de extrañeza ó asombro que participaba bastante de la admiración. Evidentemente hallábase sorprendido de que un hombre pudiese hablar de aquella manera. De vez en cuando, en los momentos más « enérgicos » de la acusación, en aquellos instantes en que la elocuencia, no pudiendo contenerse, se desborda en un flujo de epítetos infamantes envolviendo al acusado como en una tempestad, movía este lentamente la cabeza de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, género de protesta muda y triste con la cual se contentaba él desde el principio de los debates. Los espectadores colocados cerca de él le oyeron decir á media voz, dos ó tres veces: — ¡Todo es eso porque no le han preguntado al señor Baloup! — El abogado general hizo notar al jurado aquella actitud atontada, en la cual era evidente que se encerraba algún cálculo, actitud que denotaba, no la imbecilidad, sino la destreza, la astucia, la costumbre de engañar á la justicia, y que ponía en evidencia « la profunda perversidad » de aquel hombre. Concluyó por fin el fiscal haciendo sus reservas para el asunto Gervasito, y pidiendo entre tante una condena severa.

Por el momento era esta, como recordará el lector, los trabajos forzados á perpetuidad.

El defensor se levantó, empezó por felicitar al « señor abogado general » por su « admirable palabra, » y en seguida replicó como pudo, pero de un modo bastante flojo; era evidente que el terreno se le escapaba bajo sus pies.

EL SISTEMA DE DENEGACIONES

Había llegado el momento de cerrar los debates. El presidente ordenó al acusado que se levantara y le dirigió la pregunta de costumbre : — ¿ Tiene usted algo que añadir en su defensa ?

El hombre, de pié, dando vueltas en sus manos á una asquerosa gorra que llevaba, pareció no haber oído lo que acababan de decirle.

El presidente repitió la pregunta.

Y esta vez oyó el hombre, y aún pareció comprender. Hizo el movimiento de una persona que despierta, paseó sus miradas en derredor, miró al público, á los gendarmes, á su abogado, á los jurados, al tribunal, apoyó su puño monstruoso sobre la baranda de madera colocada delante de su banco, volvió á mirar, y de repente, fijando sus ojos en el abogado general, empezó á hablar él también. Aquello

fué como un torrente, una erupcion. Por la manera cómo las palabras se escapaban de su boca, incoherentes, impetuosas, mezcladas y confusas, parecía que se apresuraban á salir al mismo tiempo y todas á la vez. Hé aquí cómo se expresó :

— Tengo que decir esto. Que yo he sido carretero en París, y también que eso lo fui en casa del señor Baloup. Es un oficio muy duro el carretero ; siempre se trabaja al aire libre, ó en un patio, ó bajo un cobertizo en casa de los buenos amos ; pero nunca en talleres cerrados, porque, vean ustedes, para eso se necesita mucho espacio. En invierno se tiene tanto frío, que se golpea uno los brazos para calentarse ; pero los amos no quieren, porque dicen que eso hace perder tiempo. Manejar hierro cuando hay hielo en el empedrado, es rudo. Eso consume y gasta á un hombre pronto. En ese oficio, los muchachos se hacen viejos. Á los cuarenta años, un hombre ha concluido. Yo, ya tenía cincuenta y tres, y me hacía aquello mucho daño. Y además los obreros son tan malos ! Cuando un hombre ya no es jóven, le llaman todos avechuecho, viejo rocin ! Y no ganaba ya más de treinta sueldos por día ; me pagaban lo ménos que podían ; los amos se aprovechaban de mi edad. Con todo, yo tenía mi hija, que era lavandera en el río. Ella por su parte ganaba también un poco ; y entre los dos, podíamos pasar. También ella tenía fatiga. Todo el día en una cubeta, hasta la cintura, con las lluvias, con las nieves, con el aire que le cortaba la cara ; cuando hiela, es lo mismo, es preciso lavar siempre ; hay personas que no tienen mucha ropa blanca, y que esperan la limpia ; si no se lavara, se perderían parroquianos. Las tablas están mal unidas, y caen por todas partes gotas de agua sobre las pobres obreras, que tienen mojadas sus faldas, lo mismo las de encima que las de debajo. El agua las penetra por todas partes. Ella también trabajó en el lavadero de los Enfants-Rouges, donde llega el agua

por medio de llaves. Allí no están en la cubeta. Se lava delante de sí frente á la llave y se aclara detras, en la pila. Cómo está cerrado, se tiene el cuerpo ménos frio. Pero hay un vaho de agua caliente que es terrible y que mata la vista. Á las siete de la noche entraba ella en casa y se acostaba en seguida; estaba muy cansada. Su marido la pegaba mucho y al cabo ella murió. No hemos sido muy dichosos. Era una muchacha muy buena, que no iba á bailes, y estaba siempre muy tranquila. Me acuerdo de un mártir de carna val en que se acostó á las ocho. Hé ahí, yo digo la verdad. No tienen ustedes más que preguntar por nosotros. ¡Pero, sí! ¡preguntar, qué majadero soy! París es una gran caverna, un abismo, un pozo sin fondo. ¿Quién conoce allí al tío Champmathieu? Sin embargo, ya he dicho á ustedes, el señor Baloup. Pregunten en casa del señor Baloup. Despues de eso, yo no sé lo que quieren de mí.

El hombre calló y permaneció de pié. Todo esto lo habia dicho en voz alta, rápida, desabrida, dura, ronca, y con una especie de candidez irritada y salvaje. Una vez se interrumpió para saludar á uno de la muchedumbre. Las especies de afirmaciones que parecia lanzar á la ventura, le avenian cómo golpes de hipo, y acompañaba cada una de ellas con un gesto semejante al del leñador que da de hachazos á un tronco. Cuando concluyó, el auditorio se rió á carcajadas. Miró al público, y viendo que reian, sin que él supiera por qué, se echó á reir él tambien.

Era este un síntoma siniestro.

El presidente, hombre atento y benévolo, levantó la voz:

— Recordó á los « señores jurados » que « el llamado Baloup, antiguo constructor de carros, en cuya casa decia » el acusado haber servido, habia sido citado inútilmente. » Se hallaba en quiebra, y no habia podido ser habido. » Despues, dirigiéndose al acusado, le invitó á que escuchara que le iba á decir, y añadió: — Usted se encuentra en

una situacion en que es preciso reflexionar. Pesan sobre usted las presunciones más graves, que pueden acarrearle consecuencias capitales. Acusado, en el interes de usted le interpele por última vez; explíquese claramente sobre estos dos hechos: — Primero, ¿ha escalado usted, sí ó no, la pared de la cerca de Pierron, desgajado una rama y robado las manzanas, es decir, cometido el crimen de robo con escalada? Segundo, ¿es usted, sí ó no, el antiguo presidiario Juan Valjean?

El acusado sacudió la cabeza con un ademán significativo, como un hombre que ha comprendido bien y que sabe lo que va á responder. Abrió, pues, la boca, se volvió hácia el presidente, y dijo:

— En primer lugar...

En seguida se puso á mirar su gorra, despues miró al techo, y guardó silencio.

— Acusado, le dijo entónces el abogado general con tono sereno, preste usted atencion. Nada responde usted á lo que se le pregunta. Su misma turbacion de usted le condena. Es evidente que su nombre no es Champmathieu, que usted no es otro que el galeote cumplido Juan Valjean, disfrazado desde el principio bajo el nombre de Juan Mathieu que era el de su madre; que usted ha estado en la Auvernia, que nació en Faverolles, donde ejerció el oficio de podador. Es evidente que usted ha robado con escalada unas manzanas maduras en la cerca de Pierron. Los señores jurados apreciarán.

El acusado habia concluido por volverse á sentar; se levantó bruscamente cuando acabó de hablar el abogado general, y exclamó:

— ¡Lo que es usted, es un gran bribon! Hé ahí lo que yo queria decir. Al principio no encontraba la palabra. Yo nada he robado, soy un hombre que no come todos los días. Venia de Ailly, andando por esos campos despues de un